

El don de la siesta de Miguel Ángel Hernández: resistencia privada en la época de la transparencia

Alessandro Mistrorigo
Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Abstract Agamben's idea that the clandestine dimension of private life is the significant political element of individual life pairs with Miguel Ángel Hernández's thesis expressed in *El don de la siesta*. According to him, in the era of transparency and hyper-visibility, siesta should be a subversive act. Hernández argues that siesta challenges the culture of productivity and constant exposure, offering a refuge for privacy and opening a pause in ordinary time. Through a multidisciplinary approach encompassing art, literature, and social criticism, the author advocates for a conscious type of siesta to reclaim time, body, and private space in an increasingly surveilled world. He sees this habit as an opportunity to redefine the relationship between public and private life, finding moments of evasion and disconnection amidst the frenetic contemporary life.

Keywords Clandestinity. Siesta. Resistance. Privacy. Transparency.



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2024-05-06
Published 2024-06-26

Open access

© 2024 Mistrorigo | 4.0



Citation Mistrorigo, A. (2024). "El don de la siesta de Miguel Ángel Hernández: resistencia privada en la época de la transparencia". *Rassegna iberistica*, 47(121), 219-224.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2024/22/030

En el incipit del Prólogo de *El uso de los cuerpos*, Agamben pone su atención en lo que, con las palabras de Guy Debord, llama «clandestinidad de la vida privada» (Agamben 2017, 11) reconociéndola como la dimensión a partir de la cual empezar el recorrido que se propone a realizar con su libro. Unas pocas palabras más adelante, propone la cuestión de que «quizá la oscura, inconfesada conciencia de que el elemento genuinamente político consista justamente en esta incomunicable, casi ridícula clandestinidad de la vida privada» ([12]). Con estas palabras, Agamben coloca en el centro de la vida política del hombre su carácter –según dice, incomunicable– de clandestinidad, palabra que viene del latín *clandestinus* y que se forma a partir de la unión del término *clam*, ‘secreto’ (de la raíz indoeuropea *kel-, ‘cubrir’, ‘proteger’ y de donde deriva en italiano *celare*, es decir, ‘esconder’) y *destinus*, del verbo *destinare*, o sea, ‘proponer’, ‘nombrar’, ‘asignar’, pero también ‘enviar’, ‘mandar’. En otras palabras, la verdadera dimensión política del hombre estaría en su más recóndito secreto, en su más íntimo destino.

En una época como la actual, en la que a través de las redes sociales y el capitalismo de la vigilancia las vidas de todos los hombres se vuelven, para bien o para mal, cada vez más públicas y el ámbito de privacidad se restringe paulatina e inexorablemente, la reflexión de Agamben abre una brecha al igual que el pequeño y muy interesante ensayo de Miguel Ángel Hernández sobre uno de los momentos más íntimos y secretos de la vida del hombre (o, por lo menos, de algunos de ellos); es decir, la siesta. Me refiero al ensayo titulado *El don de la siesta* que se publicó dentro de la colección «Nuevos Cuadernos Anagrama» en 2020, en plena pandemia. El libro, de apenas un centenar de páginas, se abre con un Prólogo en el que el autor cuenta cómo se propuso escribir sobre este tema y cómo la pandemia le pilló justo en medio de la escritura de este ensayo:

En estos días sin concentración, yo intentaba poner orden a unas notas que había comenzado a escribir sobre la siesta. Había terminado un ensayo sobre el tiempo en el arte contemporáneo y, antes de meterme de lleno en otra novela, me había propuesto escribir un pequeño texto sobre esa costumbre que suelo cultivar con placer. Estaba prácticamente esbozado y en unas pocas semanas podría haberlo terminado. Sin embargo, esos días lo frenaron todo. (Hernández 2020, 10-11)

En medio de la pandemia, continúa Hernández, quizá no tendría tampoco sentido continuar escribiendo un ensayo sobre la siesta que, en aquel tiempo suspendido que estaban viviendo el mismo autor al igual que el resto del mundo, continuaba siendo como «una especie de oasis en medio de la catástrofe» (12). Aunque la catástrofe durara, un poco más adelante Hernández comenta que, con el tiempo, «comenzó

a regresar la concentración» y aquellas notas que había empezado a tomar ahora le parecían que «orbitaban en torno a tres problemas fundamentales que aparecían en el texto una y otra vez: el tiempo, el cuerpo y la casa» (16). No es ninguna casualidad, por lo tanto, que el ensayo lleve como subtítulo *Notas sobre el cuerpo, la casa y el tiempo*.

En 2017, Miguel Ángel Hernández, como profesor de Arte Contemporáneo de la Universidad de Murcia, participó en el evento *Aquae Campus* con una ponencia titulada «El envés de las imágenes» en la que argumentaba la importancia de que, en una época en la que todo es imagen y la imagen lo es todo, y donde las redes sociales guardan nuestros recuerdos y los exponen al público, quizá el arte puede constituir un espacio de exploración para diferentes maneras de ver y relacionarse con el mundo. En el vídeo, que se encuentra en la web de la Fundación Aquae, dice:

Vivimos en una sociedad transparente e hipervisible donde incluso aquello que solía permanecer en el ámbito de lo secreto y de lo oculto, como la intimidad o las emociones, está expuesto. En esta sociedad-escaparate, en esta especie de Gran Hermano en el que vivimos todos, el arte contemporáneo, cierto tipo de arte, nos sirve como una especie de camino o indicador de otros modos de ver, otros modos de pensar, de sentir, de mostrar o, en definitiva, de habitar el mundo. El arte como resistencia ante la sociedad hipervisible. (Hernández 2017)

El proceso de modernización del mundo, especialmente en lo que se llama Occidente, continúa Hernández, depende de una lógica de hipervisualización y de vigilancia y transparentización:

Un proceso que tiene como consecuencia última la producción o la creación de individuos transparentes, cristalinos, fácilmente controlables por los poderes establecidos. (Hernández 2017)

Una reflexión en línea con el pensamiento de Michel Foucault -con quien, admite el autor, estar de acuerdo-; pero en la que también resuenan, entre otros, *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord, el concepto de biopolítica de Giorgio Agamben y, finalmente, el capitalismo de la vigilancia de Shoshana Zuboff. En su breve intervención, Hernández denuncia este proceso y reclama el arte y la literatura como formas de resistencia que

Sin duda vivimos en un momento en el que ese proceso ha ido amplificándose, llegando a nuestros días a convertirse casi en una transparentización del mundo, el mundo entero se ha convertido en un lugar transparente y las tecnologías de control, transparencia, localización, abundan precisamente en esa lógica no

creándonos la ilusión de que todo puede ser visto, todo puede ser dicho, todo puede ser conocido y, por tanto, todo puede ser monitorizado. Incluso aquello que escapaba la lógica de la monitorización: las emociones. [Se habla] de nuestra época como la época del capitalismo emocional; dónde incluso las emociones están cuantificadas y capitalizadas. [...] Frente a eso [...] el arte contemporáneo presenta [...] una serie de resistencias sobre todo anti-visuales [...] una resistencia ante los modos hegemónicos de ver [...]. (Hernández 2017)

Ahora bien, ¿qué tiene que ver el arte contemporáneo con la siesta? En realidad, muchísimo: al igual que el arte, la siesta se puede considerar una práctica subversiva que desafía el paradigma del capitalismo performativo, que valora la productividad y la eficiencia por encima cualquier cosa, así como la sociedad de la imagen y del control. En su reflexión, Hernández nos muestra la siesta como un oasis de privacidad que se insertan en la hipervisibilidad en la que está sometida la vida del hombre y, al mismo tiempo, como una forma de resistencia frente al ritmo frenético y consumista de nuestra sociedad contemporánea. Hernández nos enseña que la siesta, tradicionalmente asociada con la pereza y la ociosidad, representa un desafío para uno de los pilares del mundo contemporáneo, es decir, la constante búsqueda de la productividad en todo lo que atañe a nuestra vida pública y hasta en la privada. También nos advierte de que, en los últimos años, el hábito de dormir después de comer ha evolucionado hasta convertirse en una herramienta para aumentar precisamente aquella productividad que intuitivamente tendría que contrarrestar. En el tercer capítulo, «Siesta®: el sueño capitalizado», por ejemplo, cita algunos estudios que se apoderan de la siesta connotándola como parte funcional de una rutina saludable, un requisito para el bienestar e incluso una práctica atractiva, comercializable y deseable.

Está claro que el tipo de siesta a la que apunta Miguel Ángel Hernández en su ensayo es otra. En contraposición a la comercialización del sueño, Hernández aboga por la siesta como un acto de interrupción consciente. Considera este descanso prolongado como una práctica radical capaz de detener y reformar el ritmo de vida contemporáneo, volver a poseer el propio cuerpo y redefinir el espacio de la privacidad. Tiempo, cuerpo y casa. En el capítulo 7, titulado «El tiempo (y el arte) de la siesta», citando el libro *El arte de la siesta* de Thierry Paquot, Hernández comparte la idea de

la siesta como búsqueda del tiempo propio, soberano. La siesta como resistencia a los tiempos impuestos desde el exterior. La siesta y el tiempo. La siesta contra el tiempo. (Hernández 2020, 76)

Confiesa el autor que en la escritura de su ensayo se reverbera la reflexión de otro libro suyo sobre el arte contemporáneo y la temporalidad.

De alguna manera, la siesta que defiendo en estas notas tiene mucho que ver con esa resistencia de ser engullido, como Chaplin en *Tiempos modernos*, por el tiempo de las máquinas. Es una siesta que frena el tiempo, que nos hace conscientes [...] de la densidad de la experiencia temporal. La oscuridad de la sala, el tiempo abierto, el movimiento interrumpido, el arte como refugio, igual que la siesta. La siesta, pues, como un arte del tiempo. Un arte de la interrupción. (78-9)

Un arte de la fuga del mundo y del cuerpo también que nos desconecta de la linealidad del reloj y nos suspende en un estado de abandono:

El derecho a dejar de hacer, a dedicarse simplemente a respirar, como diría Marcel Duchamp. El propio arte, en sí mismo, puede ser considerado como un espacio para perezosos, para aquellos que se niegan a hacer algo 'productivo' para la sociedad. El artista como vago, ocioso, holgazán. (86)

Es, nos dice Miguel Ángel Hernández, el estado de ocio improductivo de Bartleby o de Oblómov, quienes, como escribe Enrique Vila-Matas, se retiran del mundo, desaparecen, se esconden, intentando interrumpir el tiempo social dentro de una dimensión que Agamben llamaría de privada clandestinidad. Pero esta siesta también es un camino

de regreso al cuerpo. Hay, en ella, [...] algo de performance. De actuación, de acción artística, pero también de producción de corporalidad [...] de afirmación del yo-estoy-aquí, presente, en este preciso momento, en este lugar, dueño del tiempo, dueño, aunque sea un instante, de mí mismo. (111)

La siesta como reposición del tiempo, del propio cuerpo y también del espacio que acoge y cobija: la casa. La casa, de hecho, es refugio, espacio seguro y cerrado, y, por eso, secreto; el espacio simbólico de lo privado, de la intimidad. Sin embargo, la relación entre la siesta y el hogar hace aflorar en la memoria del autor también el problema relacionado con la diferencia de género: Hernández recuerda que, durante su infancia, mientras su padre, su hermano y él ya dormían la siesta, la última en acostarse después de haber recogido la mesa y limpiado la casa, era su madre.

Finalmente, esa idea de una siesta perezosa y anti-productiva, no estructurada y, por así decirlo, artística, parece empalmar también con la escritura ensayística de Miguel Ángel Hernández en la que se mezclan biografía, literatura, arte, actualidad y poesía.

Su propio procedimiento de escritura parece verse empapado de la práctica del apunte de ideas previo al dormir. Su siesta perezosa conecta con un pensamiento y hacer artístico a favor de la distracción: es a la vez ritual, danza o performance, un arte en sí misma para interrumpir nuestra rutina, de preferir no responder a la lógica productiva y repensarnos desde el cuidado. (Sánchez de la Peña 2021, 1)

Reivindicar este tipo de siesta -y de escritura-, pues, no es un ejercicio perezoso, todo lo contrario. La siesta a la que nos invita con este breve ensayo Miguel Ángel Hernández es más bien la reclamación de la necesidad para todos nosotros, como sujetos y como cuerpos, de abrir una brecha en el espacio y el tiempo cotidianos que desarticule sus concepciones actuales, determinadas por las normas sociales y culturales del mundo capitalista contemporáneo. La invitación es, pues, explorar la siesta más allá de su función como simple descanso y considerarla cómo un desafío profundamente personal: redefinir los términos con los que nuestra propia vida se hace pública, es decir, está continuamente conectada, para encontrar una fisura, una grieta en la que aún nos sea posible escondernos, suspender el hacer compulsivo, relajarnos, abandonarnos al sueño, aunque sea solo momentáneamente, solo por el tiempo de una siesta.

Bibliografía

- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Hernández, M.Á. (2017). «El envés de las imágenes». Charla en el Festival Aquae Campus de la Fundación Aquae. <https://www.fundacionaquae.org/eL-enves-de-las-imagenes/>.
- Hernández, M.Á. (2020). *El don de la siesta*. Barcelona: Anagrama.
- Sánchez de la Peña, V. (2021). «Reseña de *El don de la siesta*, de Hernández, Miguel Ángel». *Imafronte*, 28, 1-2. <https://revistas.um.es/imafronte/article/view/469051/311941>.